

Afilador de letras

Paco Cabello



Capítulo 1

[youtube]<http://www.youtube.com/watch?v=h7BAj6cMhww>[/youtube] Existe un concepto fresco, optimista, sin prejuicios, que ha definido a toda una generación. La define como "milenio", y nace principalmente del libro escrito por William Strauss: Es la generación de los nacidos a partir de 1982, la que creció con la bonanza informática, la de la hiper comunicación. He visto incluso videos bien producidos, con música inspiradora e imágenes con aroma a Libertad, Naturaleza, Felicidad. No sé hasta qué punto dicha generación perciba así su mundo. No puedo negar el hecho de que actualmente el contacto, la comunicación entre la gente se haya transformado. Hoy, se cuenta con todo el acervo de nuestra civilización al alcance "de un clic". Me disculparán por lo anticuado de la expresión (sin embargo refleja los cambios que vivimos actualmente), quiero decir: al alcance del bolsillo. Ya que nuestros teléfonos móviles nos conectan con el mundo entero; y, asimismo, nos comunicamos, segundo a segundo, con quien deseamos o necesitamos, esté en nuestra ciudad, nuestro país, o en cualquier otro continente. Eso es muy alentador. Se dice, incluso, que la "generación milenio" es más sana y más inteligente que las anteriores. Ellos son inspiradores. Se les cataloga como librepensadores, sanos, tecnológicos, ecológicos, felices, inteligentes; con un "iq" promedio superior al de cualquier otra generación anterior. No tengo animadversión alguna contra la "generación milenio", empero, no me gustaría confundir genialidad evolutiva con el simple hecho de poseer en la actualidad utensilios que permitan la inmediatez de datos; no creo que se trate de un grupo enorme de genios nunca antes visto por la humanidad. Se me antoja este discurso como una justificación más para dar aliento a una generación que ya está aquí, que tiene que enfrentar el mundo que han dejado sus predecesores, por gris que éste se vea. Las generaciones siempre tendrán que vérselas consigo mismas para lidiar con un presente fugaz y un futuro incierto y amenazador. Creo que así ha sido siempre. La diferencia es que en nuestros días el futuro se tropieza, ansioso, se nos viene como un río desbordado e imposible de contener; el presente es más pretérito que nunca; y el pasado es mero anacronismo. A pesar de vivir en un mundo globalizado, estas tendencias se gestan y se utilizan, en el mejor de los casos, en países desarrollados. Porque en el mundo restante existen distintos tipos de "milenios" que ahora deben de estar ingresando, sin opción alguna, a la actividad propia del narcotráfico, la criminalidad, las guerras civiles, los subempleos, la drogadicción... Entonces estaríamos ante una definición ceñida, ya que, a pesar de que muchos aspiran a la tecnología -percibiéndola, además, como algo que brinda estatus-, son pocos los que pueden acceder a ella. Entonces debiera decirse los "milenio" y los "milenio mutilados, sin tecnología". Tengo mis reservas. Me parece más una definición para disculparse con una generación que carecía por completo de identidad, y que ha sido beneficiada por el avance de la informática, y que quizás -y espero equivocarme- no posea identidad o anhelo de vida. Desde su aparición, el

hombre fue nombrando todo lo que en un principio señalaba con el dedo; ahora, con esa ansia de perfeccionar el mundo, ya no nos satisfacen esas definiciones, así que inventamos otras más actuales, más convenientes, menos ofensivas.

Cuántas veces no hemos escuchado –o dicho– que los niños traen un “chip” incluido desde el útero, porque basta ver la destreza con la que manejan botones, menús, pantallas táctiles... Sin embargo, soy de la idea de que toda cría humana, desde los primeros “Homo Sapiens” habría utilizado la misma destreza y curiosidad si se hubiese visto ante una pantalla táctil con intuitivos menús. Me parece casi imposible que el “iq” se acreciente de forma notable de una a otra generación; lo que crece con desmesura es la oferta de “avances” tecnológicos (que, en muchos de los casos, más que verdaderas innovaciones, son nimiedades que sirven para diferenciar los nuevos modelos de los antiguos); la generación “milenio” nació, creció con ella. Y, aceptémoslo o no, los ha hecho más inteligentes ante nuestros ojos. Omitiendo la inmediatez de la comunicación y la vastísima información maniobrada en nuestros días, por desgracia, creo que los de hoy limitan más la creatividad y los procesos mentales; ese es la cara oscura, la que se nos escapa a simple vista. Mientras más se nos facilite la vida, nuestro cerebro, por simplificación, va acostumbrándose a ello, paulatino, hasta alcanzar el día en que ya no pensemos por nosotros mismos, no tengamos opiniones propias o no podamos resolver la más elemental operación aritmética. Todo avance trae sus dos lados, el bueno y el malo. Lo que quiero decir es que el esnob nos hace ver el lado “conveniente” que nos quieren imponer: la tecnología, sus marcas y sus tendencias, son el único, el mejor de los caminos.

Nuestra civilización actual, propensa a la simpleza y la comodidad, se aleja, día a día, de la creación per se. En un mundo de banda ancha y redes sociales, ¿seguimos desarrollando habilidades numéricas, lingüísticas, artísticas, creativas?

No está mal nombrar a una nueva generación que, por cierto, carecía de identidad. Sí encuentro pretencioso hacernos creer que el mundo de hoy y sus accidentes son el elíxir último. El hecho de contar actualmente con móviles que todo lo pueden y que, de alguna u otra forma, nos encaminan, nos obligan a vivir nuestras vidas de una forma híper comunicada –que, no lo niego, ofrece muchas ventajas de inmediatez, ubicuidad, localización, inimaginable hace unos pocos años–, también banaliza el contacto con nuestros semejantes, los lleva de la gesticulación, la lectura inconsciente de expresiones faciales, de lenguajes corporales, de entonaciones, a simples monosílabos escritos –mal escritos, en la mayoría de los casos– mecánicamente en una pequeña pantalla. El contacto humano se ha “virtualizado” ¿será ese el futuro, el destino de la humanidad? Mi preocupación radica en que, por desgracia y dada la tendencia observada, esa virtualización también ha traído consigo, irremediable, la cosificación y la trivialización, que parecen ser intrínsecas al avance tecnológico. Esta revolución informática, de redes sociales y banda ancha, no ha traído a nuestras vidas más bonanza, sino que ha tendido a inutilizarnos y a canalizarnos –lo concienticemos o no– hacia una

forma única de alcanzar la eficacia, la plenitud, en nuestras existencias.

¿Acaso somos hoy más felices?

Estoy más favor del contenido sustancial y la creatividad, que de la cantidad de canales que se utilicen. Pudiesen ser inocuas la tecnología, las nubes virtuales, los videos caseros y las redes sociales –ubicuos, masivos y veloces- si no expresan algo, si sólo son vías de fuga, evasión y vaciedad para las nuevas generaciones, incluyendo la “generación milenio”.

Capítulo 2 Cuando un texto está bien escrito, lo leo y me sumerjo en él. Me guía, me muestra y me demuestra; sus palabras se convierten en imágenes, en emociones. Por desgracia, el texto no puede hacer todo por mí. Siempre se ha pensado que un lector es un ente pasivo; el lector es la otra mitad de la obra, lo que da sentido a lo escrito por el autor. El lector debe poseer la destreza (en muchos casos paciencia) y la determinación de asimilar un texto. Es un desafío que no va a beneficiar a nadie más que a él.

Leer es una actividad, en el sentido amplio de la palabra, para el cerebro; es su ejercicio. Permite el desarrollo de la memoria, la creatividad, el pensamiento abstracto; ofrece cultura e información. Para adentrarse en un universo alterno, colmado de maravillas, horrores o desvaríos, basta con unas hojas de papel impresas con tinta negra –en el caso informático, con la pantalla de una tableta plagada de palabras–, acaso auxiliadas por una portada conceptual. Lo demás depende de una buena prosa, de la destreza del escritor; empero, sobre todo, de la mente del lector. Un ensayo, una novela, un artículo periodístico (deportivo, incluso), solo debe bastarle una hoja blanca y esos bloques de ladrillos negros que son las palabras. El autor, por supuesto, hubo de hacer un ejercicio cerebral, lingüístico, creativo, de manera intensa y sostenida durante días, semanas, meses o años, dependiendo la extensión del trabajo.

Los medios escritos, ahora multimedia –virtuales y físicos–, dependen en exceso de los videos y las imágenes. En un inicio los libros contenían xilografías que ilustraban historias narradas, sin embargo no todos las usaban; eran, ante todo, para textos ilustrativos. Las imágenes existentes eran las obras de los pintores:

paisajes, retratos, escenas bélicas, entre otros.

Después, la invención de la fotografía, en el siglo diecinueve, revolucionó el mundo de la comunicación y del arte. Fue hasta principios del veinte que comenzó a usarse en el periodismo. La publicidad, de manera intrínseca, ha hecho uso de la imagen para reforzar un concepto que muestre, impactante, las cualidades de productos y servicios. Hoy, los medios informativos, por ejemplo, están muy influenciados por la publicidad, sobre todo en la internet y en las redes sociales; la palabra no suscitará impresión alguna si no se acompaña de imagen o video. De hecho, me parece que más bien se publican imágenes respaldadas por palabras vacías. Digo vacías gracias al uso indiscriminado que se le ha dado a ciertos vocablos ya herrumbrados, carentes de significación, de la fuerza que alguna vez tuvieron.

La palabra es un ser en peligro de extinción, la matamos día a día. Nunca, en toda la historia del hombre se le había desdeñado con tal ahínco. Hoy, además de sustituirlas con imágenes digitales o videos, se las permuta por signos propios de los teclados informáticos. Hasta las expresiones faciales, las emociones, poseen sus insignias equivalentes. La palabra está en peligro inminente de extinción porque no se la usa, y no se la lee. Leer es ahora un acto de fe, es una práctica anacrónica, casi sacerdotal. ¿Cómo evolucionará el pensamiento con la creciente intolerancia de los nuevos "lectores"? El pensamiento, de valor abstracto, tesoro de la civilización, se ha transmitido a través de la literatura, los ensayos, los tratados, los textos. Los libros, pues; esos artefactos tan menospreciados.

Una imagen vale más que mil palabras, suele decirse, y

aplicaba a esos tiempos remotos cuando aquélla era motivo de orgullo tecnológico, de modernidad. Esos tiempos yacen muy atrás. Si una obra, un texto literario o reflexivo, requiere el amparo de un video o de imágenes, significa que es raquítrico, o que necesita de las lucecitas que llaman la atención de personas acostumbradas –mal acostumbradas- al color, al show. Como el niño preescolar al que debe acompañársele la palabra perro, con el dibujo encantador de un cachorro.

En estos tiempos de escasez cultural, de análisis, debiéramos aquilatar el uso de la palabra, ya que, como van las cosas, pronto dejará de existir, será sustituida por signos de admiración, o simplonas onomatopeyas; lo que significa que hoy por hoy, una palabra vale más que mil imágenes.

Y menciono que la palabra es un ser en peligro de extinción haciendo referencia a las palabras más usadas y conocidas, porque, tristemente, todas las demás, las llamadas “cultas” o “raras”, ni siquiera se les dio la oportunidad de nacer y conocer el mundo. Son palabras nonatas; son palabras que ya hemos asesinado.

Capítulo 3 El primero justifica el mundo en el que vive y reserva su lugar en él de antemano; al otro le lastima ver al suyo morir, arrasado, a sus ojos, por una banalización y caos incontenibles. El primero cree que vivimos una explosión informática y cultural en la que las masas tienen acceso, gracias a una democracia sin precedentes, a la alta cultura, a la baja, o a la mediana; una oferta gigantesca en la que podemos escoger lo que más nos guste, convenga o entretenga. El otro, percibe un peligro inminente en esa propensión desmedida hacia eso último, el entretenimiento. Y piensa que es la causa principal de que en estos, nuestros días, la gente común no distinga entre lo bueno y lo malo, lo bien y lo mal hecho, lo que vale la pena y lo vacío. Cree, asimismo, que cada vez más el show y las luces, tienden a confundirse, y, lo peor, a anteponerse a lo trascendente, a lo que ha quedado ya en los libreros empolvados.

El otro, convivió y se alimentó de la causa, del compromiso con unos ideales a los que se sentía profundamente adherido; no concibe, ahora, la falta de esos anhelos en la gente dedicada al pensamiento; y cree que eso mismo es lo que está llevando a nuestra sociedad, al mundo entero, a la perdición, al sinsentido. La réplica del primero al otro es generacional; le replica que en su tiempo, el otro pensó similar y que ahora no lo recuerda, se inquieta ante la posibilidad, ante la certeza, de un mundo en constante cambio. El primero es como el hijo, el segundo como el padre; el hijo que critica al padre su talante reaccionario ante lo que en su tiempo él también aceptó y aceptaría de pertenecer a esta generación.

El primero es el escritor mexicano Jorge Volpi, que critica el último ensayo del otro, del peruano español,

Mario Vargas Llosa Jorge Volpi se refiere al premio Nobel de literatura 2010 como "el último de los mohicanos", por ser un escritor de tiempos de revoluciones, dictaduras y caudillos, que ahora se ha quejado, como hombre entrado en años, del virus de la frivolidad que arremete incluso contra las mentes del intelectual de estos días. Igualmente, siente su discurso nostálgico -¿cómo es posible que un escritor se queje de la literatura actual y la desdeñe catalogándola como mero entretenimiento, sin ninguna virtud como estimuladora de consciencias?-, con el aroma rancio de los viejos que recuerdan sus días siempre como mejores. Jorge Volpi opina que nunca las masas tuvieron tanto acceso a cualquier tipo de cultura, desde la alta hasta la ordinaria, y que, por ende, los intelectuales necesitan adaptarse a esos cambios también. Mario Vargas Llosa lamenta que todo vaya careciendo más y más de sustancia, que -por supuesto da por sentado que el hecho de leer ya es ganancia- las masas se decanten por libros fugaces, sin peso, como podría ser un de E. L. James, por ejemplo, a una obra clásica cargada de civilización y creatividad como bien podría ser un de James Joyce, o sus propios trabajos o De igual manera no oculta la pesadumbre al observar la preferencia arrolladora de un "arte" que nace a partir del hastío, que se vale de la sorpresa y los excesos para atraer a un naciente grupo de esnobistas que lo alaben y, ante todo, paguen por él. También ve en riesgo a la música, ya sin sonido auténtico, fabricada en serie, y con un franco desinterés por parte de la gente hacia la música clásica, casi en extinción. Le preocupa, además, la política; afirma que esa frivolización inclemente en los dirigentes actuales se debe al mismo fenómeno: no hay compromiso, no hay fondo, todo debe ser liviano; una caterva de imbéciles, salidos de una sociedad de autómatas, es la que dirige hoy al

mundo. La diversión y el entretenimiento, según Mario Vargas Llosa, es alienación. Para Jorge Volpi es casi un triunfo de la modernidad sobre un pasado gris, manchado de hollín, como los obreros y mineros de la Revolución Industrial, que, por cierto, no tenían ningún tipo de entretenimiento.

Me parece que el gusto por lo sustancial, por lo bien hecho y por el compromiso, debiera prevalecer más allá de las tendencias actuales o pasadas. Hay mucho por qué alegrarse en los avances democráticos –a todos los niveles- y de apertura en el mundo actual; sin embargo, no debiese aprovecharse esto para una desinformación estéril y plástica en pos de la fuga de una realidad que nunca dejará de ser perfectible. Porque, a fin de cuentas, la tarea del escritor, del intelectual, de todo hombre, es acuciar un mundo que está mal hecho, es siempre intentar mejorar los anhelos y aspiraciones; es no quedar rehenes de un sistema manipulador, conveniente para pequeñísimos grupos.

No sé qué me seduce más, si el hecho de una postura construida a fuerza de lúcidos conceptos, nacidos, a mi juicio, de la autenticidad y la real preocupación –por mucho que sean compartidos o no-, o el hecho de que provengan de un guerrero de las letras, del último de los mohicanos. El cual, ni la edad misma ha podido doblegar.

Capítulo 4 Soñamos con vidas pletóricas; y se vale, es legítimo. Sabemos que para alcanzarlas no bastan las ideas geniales, el vigor, el empeño en el quehacer cotidiano o el crecimiento personal y laboral, sino caminar por vericuetos muy distintos a los imaginados.

Algo anda mal.

Aquí, desdeñamos la creatividad, las buenas ideas, porque en lo profundo de nosotros mismos algo nos recuerda que ese no es el camino, que nuestro entorno está diseñado para alcanzar los anhelos por vías distintas, unilaterales. Mejor dicho, sí utilizamos la creatividad, pero le damos mal uso, la desaprovechamos. Ésta se dilapida día a día por un torrente único, ahí donde yacen los privilegiados del sistema, los que manejan el peculio de una sociedad, de una nación, que no tiene otro remedio mejor que creer en que será bien manejado, bien distribuido. En que rendirá frutos. El ingenio debe utilizarse para acercarse a esa clase privilegiada y no en inventar, en generar negocios que simplifiquen la vida de los otros remunerando a sus creadores.

En México, la genialidad, la espontaneidad, la originalidad, no son encauzadas a la creación de sueños. Los proyectos nacidos de las charlas de jóvenes recién egresados de las universidades, esos que añoran cambiar al mundo, que vuelven la mirada a los Estados Unidos, por ejemplo, para azucararse los ojos con aquellos hombres de talento libre que revolucionan día con día al mundo entero y sus modos de comunicación con plataformas virtuales -que no son otra cosa que creaciones nacidas del afán de innovación, de utilidad, de lo bien hecho-, así se quedan, como proyectos perennes. Al retornar su mirada a su suelo, a su origen,

al lugar donde nacieron, se les agria de nuevo; les invade la congoja, se golpean las narices con la avasalladora realidad; aquí, los ideales y los sueños nacen muertos; aquí, si se desea vivir con holgura, no se recurre a la invención o la legítima competencia. Lo único válido es quedar bien con el mandamás, con ese que le cayó el dinero del cielo. Lo que conduce a una vida mejor es acercarse a él, conocer a su conocido, o al que conoce a su conocido. En México no se genera riqueza; el dinero recabado –impuestos- de una clase media laboral se lo distribuyen los gobernantes entre ellos y sus amigos; viven del hueso que los contribuyentes cautivos les arrojan, voluntaria o involuntariamente.

Los inventores, los creativos, huyen, con desaliento, se alejan de un país de rémoras, donde todos aspiran a vivir de los mandamases, en lugar de conformar métodos de inspección de uso de recursos confiables y eficaces; viven aspirando recibir las salpicaduras creadas por los mandamases al manejar los recursos que les llueven a raudales. El comercio informal paga tributo a sus líderes; la clase media, tomada por el cuello, genera sus impuestos trabajando para empresarios que, a través de originales artilugios, evade los suyos propios. Lo que resta, se destina a las manos de un gobierno que lo reparte entre amigos y allegados.

Pareciera que la única vía para la prosperidad comunal es hablarle bonito, hacerle todo tipo de guiños y favores a los que ocupan puestos públicos. Aquí, los paladines que comenzaron sus emporios de progreso en el de sus casas, son mera literatura fantástica.

Y sólo nos queda decidir entre dos preguntas: ¿qué

haremos, todos y cada uno de nosotros, para ir proporcionando más oportunidades a las y los creadores; a nosotros mismos, pues? O la otra: ¿quién conoce a alguien con buen puesto en el gobierno?

Decidamos.

Capítulo 5
Aún recuerdo la primera vez que lo vi. Eran los años de televisores con pantallas convexas, los que, por cierto, se despedían cada noche con una brillante fisura que se contraía, se convertía en punto, y se devoraba a sí mismo hasta extinguirse. Había que cambiar de canal por medio de un rígido botón, como si se estuviese atornillando algo, e ir pasando de uno en uno, por la vastedad de los seis canales que existían, buscando las imágenes y sonidos que se transmitían como ondas de radio por los aires. Eran los tiempos en los que la vida, el mundo entero, no flotaba en la nube virtual, sino que la realidad –siempre relativa- se palpaba, tiznaba las huellas digitales que recorrían el papel periódico salido a la luz cálido, muy temprano, como el pan recién horneado, o bien, se escuchaba en las noticias que daba un hombre único, a diario y a la misma hora, después de haber pasado éstas por un conveniente y exhaustivo escrutinio.

Aún recuerdo la primera vez que lo vi. Sus artilugios pugilísticos me subyugaron como el candado, bien ejecutado, que oprime el cuello del contrincante-. Las defensas épicas que hizo en nombre de la humanidad al enfrentarse a todo tipo de especímenes brotados de ingenios retorcidos, me embelesaron. Se trataba de un héroe desinteresado y cabal que derrotaba los miedos más inmediatos de un pueblo, esos miedos que trascienden lo más íntimo de nuestro ser.

En sus películas, en un principio monocromáticas -sólo se usaban las tonalidades del humo-, refulgía su cabeza argentada; sus ojos eran oblicuas y vengadoras gotas; las palabras Justicia y Libertad provenían de sus oprimidos labios, prisioneros en el ajustado orificio bucal de su máscara, y esto, aunado a sus botones auriculares, le daban un aire robótico. A fuerza de

golpes certeros a las nuca, llaves extravagantes, patadas bien colocadas, saltos de tigre desde las cuerdas o la repisa calma de alguna gárgola de lúgubre caserón –realizándolo todo sin despojarse de su capa, o sin trompicarse con ella-, vencía, por fin, a las inmortales amenazas de la sociedad. Ejecutaba sus proezas en presencia de computadoras que funcionaban dando aullidos de órgano eléctrico, parpadeando sus cálculos con miríadas de foquitos multicolores. Lo hacía, asimismo, ante científicos dictatoriales y obnubilados que, rodeándose de zombis, momias del bajío con máscaras de hule, vampiresas, licántropos desarrapados o simples mafiosos megalómanos, ejercían su resistencia tozuda ante él.

Acabé siendo devoto suyo.

He visto, acongojado, que las deidades y los santos más socorridos hoy día, han fallado en la lucha por un país mejor. Quizás, con un sentimiento de ambigüedad descomunal, reparten las bendiciones todo poderosas entre los buenos y los malos, entre la gente común y el crimen, ambos sus devotos seguidores. Por eso, me gustaría ver de nuevo en acción al enmascarado de plata, al héroe surrealista hecho a la medida de su país, luchando para vencer a los monstruos actuales, a los que inspiran el mismo terror que sembraron aquellos muertos vivientes y vampiros: el crimen, la impunidad, la corrupción, la indolencia, la desigualdad, la ignorancia... En fin, que viniese el Santo a “desfacer entuertos”.

Capítulo 6 El cáncer que pudre los tejidos del país, de la sociedad, no se ataca desde afuera. Se produce a nivel microscópico, en las células. Los órganos vitales del México de hoy están infestados por organismos mutantes que devastan los valores más elementales.

La letal enfermedad yace ahí, agazapada, en los ámbitos más íntimos de una población que se alarma, se encoleriza ante el proceder ignominioso de los que ostentan el poder. Protestas icónicas circulan por la banda ancha; las leemos, atenazando las mandíbulas, con bilis en el hígado; la furia se nos escapa con algún comentario infértil que no surtirá ningún tipo de efecto para mejorar la situación. Textos en que muy al principio nos llegaban por vía en creciente desuso, nos exponen, por ejemplo, la vida que se dan los políticos a expensas de un pueblo en circunstancias caóticas. "El mejor trabajo del mundo" o "el trabajo ideal", son los títulos de este tipo de reflexiones que exponen al ocasional lector las actividades propias de los administradores públicos, donde no se preocupan por nada, no le reportan a nadie, no existe quien los vigile y, por si esto no fuese suficiente, tienen la posibilidad de acceder al erario y disponer de él a placer. No solo se proporcionan objetos banales e inverosímiles, sino los más costosos, esos que ostentan las marcas de ensueño. Su conducta, su manera de proceder es absolutamente cínica, delirante, juvenil.

Sin embargo, el cáncer no se combate criticándolo y azuzándolo, como al fuego, en la intimidad de nuestras conversaciones. Y es eso lo que, sin darnos cuenta, hacemos en el día a día. Los políticos, la clase política, como suele llamárseles en estos tiempos, son una especie de consecuencia de la sociedad en la que vivimos. Son algo así como la idiosincrasia común, pero

con mucho poder, mucho dinero y, tristemente, impunidad. Poseen cheque en blanco para hacer y deshacer, divertirse, extralimitarse, atiborrar sus arcas personales, darse vida de Calígula y, si sobra un poco de dignidad y culpa, hacer una que otra obrita civil o aprobar alguna demagógica ley.

En los textos que menciono más arriba se atisba un regusto de envidia, de anhelo; una postura resentida por no poder acceder a lo que ellos sí pueden, y me parece esto muy peligroso y bastante más revelador.

Esa es la enfermedad, ese es el núcleo mismo del cáncer. En las familias, que son las células de la sociedad, se habla, se discute, entre amigos, la idea torcida de los quehaceres soñados, aquellos en los que se hace muy poco, u otorgan diversión a granel; y, donde además, se obtienen cantidades ingentes de dinero. En la medida que sigamos idealizando actividades de esa naturaleza y, sobre todo, la manera de llevarlas a cabo, continuaremos haciendo lo mismo al llegar a tales puestos, encendiendo la indignación de los que desearían estar en nuestro lugar. Pareciera que el fin último de esta sociedad es pasarla bien, muy bien.

Dichos textos conllevan, en su diatriba, la más horrenda crítica hacia sí mismos. Es como denostar al espejo. El político es el chivo expiatorio de todos los males del mexicano –sin eximirlos del mal que infligen-.

No nos equivoquemos; el mejor trabajo no es del político, ese es el dilema que todos llevamos en la sangre y en los genes: esa envidia por el que se hace millonario por no hacer nada. Debiésemos comenzar por aquí –son reflejo de nuestra sociedad, son una representación de nuestros valores y anhelos-. En mi opinión, el mejor trabajo es el que remunera por hacer

lo que uno ama –o amar lo que uno hace, más difícil-,
trabajando mucho, desarrollando la propia creatividad y
satisfacción ¿se convierte así uno en millonario? No lo
sabemos. Esa es nuestra tragedia: ya no se busca el
bienestar, el orgullo personal; se busca,
vehementemente, el dinero por el dinero mismo.

Cada vez que sigamos ansiando un puesto así,
pensando –lo reconozcamos o no- que si estuviésemos
en él haríamos lo mismo, estaremos alimentando al
cáncer que seguirá su curso de irremediable
destrucción. Continuaremos, de forma indefinida,
ofendiéndonos cada que leamos cosas por el estilo,
cuando lo único que estaremos haciendo será leer el
avance de la enfermedad en nuestro propio cuerpo.